

hermosura celestial. Con razón dice el piadoso Bernardino de Bustos que «del gracioso rostro de la Niña María salían rayos de hermosura que a todos admiraba.»

Pío IX nos autoriza para creer que la Stma. Virgen desde su concepción tuvo alma tan grande como hemos indicado, pues él mismo en la Bula *Ineffabilis*, dice: «De manera que la colmó, más que a todos los espíritus angélicos y a todos los santos, de la abundancia total de sus dones celestes, procedentes del tesoro de su Divinidad. Hasta tal punto la colmó de ellos, que exenta siempre de toda suerte de mancha de pecado, completamente bella y completamente perfecta, reunió en sí tal plenitud de santidad y de inocencia, que es imposible imaginar otra más grande después de Dios: tan grande, en una palabra, que excepción hecha de Dios, no existe persona alguna capaz de comprender tamaña grandeza.»

Cuando aquella alma tan grande reflejara la intensidad de su amor divino en la mirada de sus ojitos; sus dones celestiales en su preciosísimo rostro; su pureza incomparable en su pequeña frente; su generosidad, tan grande como su alma, en sus manitas y su perfección acabada en las perfectísimas líneas de su cuerpecito, ¡qué divina parecería Niña tan singular! ¡qué sublimemente hermosa!

*Franco S. Marín*

